

Seminario Concordia
C. Correo 5
1655 J. L. Suárez
Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
La exhortación misional de San Pablo a los colosenses con aplicación práctica a las misiones latinoamericanas	1
La estructura y función de la Iglesia Cristiana	13
Ideas teológicas sobre los satélites artificiales	32
Homilética	36
Bosquejos para sermones	44

Publicado por La Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

Homilética

“Os he escrito a vosotros, hijitos, porque conocéis al Padre. Os he escrito a vosotros, padres, porque conocéis a aquel que existe desde el principio. Os he escrito, jóvenes, a vosotros, porque sois fuertes, y la palabra de Dios mora en vosotros, y habéis vencido al maligno.”

I. Juan 2:13b, 14.

Amados en Cristo Jesús:

Vivimos en la era de las máquinas, de la técnica, de los aviones con propulsión a chorro, de la televisión, de la bomba de hidrógeno, de los satélites artificiales, pero también en el tiempo en que más que un tercio de la humanidad está dominado por el comunismo fanático y ateo. ¿No es entonces necesario, que se enseñe bien la matemática e ingeniería? ¿Para qué ocupar en la religión? Lo que se precisa para poder sobrevivir son técnicos y hombres científicos. Por la religión ya no hay interés, porque ya no es adecuada para los tiempos modernos. Tal es la opinión de muchos.

¿Pero tienen razón los que argumentan así? No olvidemos que todavía podemos constatar mucho interés por la religión cristiana y sus doctrinas. Lo prueban las actuales excavaciones que se realizan en el cercano oriente y allá precisamente en los lugares bíblicos como p. ej. en Jericó o en Ur de Caldea, de donde partió Abraham, o en las cuevas del Mar Muerto, excavaciones cuyos resultados comprueban los datos conocidos por la Biblia. Podemos citar también el libro “La Biblia tiene razón” publicado hace poco, que fué uno de los libros más vendidos. Más aún, podemos señalar la Biblia misma que sigue siendo el libro más leído. Todo esto comprueba que todavía hay mucho interés por la religión y con esto también por la educación cristiana.

Pero aunque no hubiese ya ningún interés, no obstante no podríamos renunciar a la educación cristiana, ya que nos fué ordenada por Dios mismo que nos la impuso como deber inelu-

dible, de modo que todas las dudas o vacilaciones deben cesar. Tal Palabra clara se nos presenta en nuestro texto, el que nos enseña:

- I. La educación cristiana es necesaria, pues los hijos deben conocer a su verdadero Padre.
- II. La educación cristiana es posible, pues Dios mismo quiere ayudar a los educadores.
- III. La educación cristiana es fructífera, pues nos ofrece una juventud fuerte.

I

Creo que en ningún otro lugar de las Sagradas Escrituras la palabra "escribir" se usa con tanto énfasis como en nuestro texto. Ya en los versículos anteriores se dice "os escribo, os escribo, os escribo". Y aquí el apóstol repite tres veces: "Os he escrito, os he escrito, os he escrito." Oyendo esto nos imaginamos al viejo apóstol Juan sentado en su pieza con las manos temblorosas por la vejez. Le cuesta no poco trabajo trazar las letras sobre el duro pergamino. Pero no retrocede ante la dificultad aunque se trata sólo de niños, o mejor dicho precisamente porque se trata de niños a los cuales tiene que escribir. Pues, impulsado por Dios, tiene que decirles algo muy importante, recordarles algo que deben saber y no olvidar en toda su vida, esto es, que conocen a su Padre.

San Juan escribe a los pequeñitos de la cristiandad de su tiempo y de todos los tiempos, a los muchachos y las muchachas en la escuela semanal y dominical. Habrán celebrado ya entonces cultos para niños: pues juntamente con los padres que fueron bautizados, a veces, como en el caso del carcelero de Filipos, toda la familia se convirtió al Señor Jesucristo. Entonces los pequeños debían ser enseñados acerca de la vida y las palabras de Jesús. Si conocían a Jesús, conocían también al Padre, como Jesús había afirmado: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre." Por Jesús ellos son puestos junto al corazón del Padre que quiere abrazar a los niños con su amor maravilloso. "Mirad", exclama San Juan, "qué manera de amor

nos ha dado el Padre para que seamos nosotros llamados hijos de Dios." Por eso pueden y aún deben orar con toda confianza a Dios como Jesús les enseña: "Padre nuestro, que estás en los cielos". ¿Hay algo más maravilloso que conocer a este Padre, orar a El y servirle?

El Pastor Bodelschwingh nos cuenta que un día un hombre con cabellos grises buscó en Bethel a su padre. Este había emigrado de Alemania hace más de 40 años y desde entonces no se había vuelto a saber de él. Su esposa y sus hijos no habían oído nada de él y creían que había muerto. Pero el hombre había vivido bajo otro nombre en Méjico y desde allá 42 años más tarde se había dirigido, anciano ya, al asilo de Bethel en Alemania. El mismo no creyó que alguien de su familia se encontraría todavía entre los vivientes. Finalmente pudieron persuadirle de que diese a conocer su verdadero nombre y el lugar de donde había emigrado. Por las subsiguientes investigaciones se supo que realmente todos sus cinco hijos vivían todavía y ahora uno de ellos vino para reencontrarse con su padre. El Pastor Bodelschwingh lo llevó a la casa donde se cuidaba al padre y lo condujo a la pieza donde el anciano con su larga barba blanca estaba sentado en su sillón. Por entre la barba blanca el hijo recostó su cabeza gris contra el pecho del padre. "Padre", así exclamaba siempre de nuevo, "padre". Parecía como si quería depositar toda la pena de tantos años en el corazón del Padre. "Padre, padre", eso era como la alegría y la gratitud de un niño que desde el extranjero ha encontrado el camino a la Patria.

Ya antes de envejecer, ya como niños, los hombres deben reconocer a aquel, "de quien toma nombre toda la familia en los cielos, y en la tierra", como lo indica San Juan diciendo: "Os he escrito a vosotros, hijitos, porque conocéis al Padre". Conocer a este Padre, significa conocer su voluntad, oír de sus hechos, saber de sus promesas. Conocer a Dios no quiere decir tener una idea vaga de El, sino que comprende un conocimiento claro de Dios.

Y esto lo debemos transmitir ya a los niños. Si no lo hacemos, los dejamos empobrecidos espiritualmente. Si se les cuenta solamente la historia de San Martín y otras historias del mundo dejando al lado las historias de Dios, nuestro verdadero

Padre, las historias de la creación y del diluvio, del paraíso y de la caída de Adán y Eva, las historias del Salvador que gustan tanto a los niños, entonces retendríamos lo mejor cargándonos con una culpa grande; y ¿quién quisiera llevar tal responsabilidad? Nosotros somos responsables de que los niños conozcan a su verdadero Padre; y en el Día Postrero Dios preguntará a los padres si han hecho todo lo posible en este sentido, si les han demostrado al verdadero Dios como se ha revelado en su palabra, o si sólo se han empeñado en que los hijos aprendan a leer, escribir y las demás cosas de esta vida. Es verdad lo que dice Lutero, que los hombres con ninguna otra cosa se ganarán tan fácilmente el infierno como con sus hijos. Por eso vosotros, padres, pastores y todos los que teneis que ver algo con la educación, no olvidéis que el fin principal de toda educación solamente puede ser este: que los niños conozcan a su verdadero Padre. Tal educación es posible, pues Dios mismo quiere ayudar a los educadores.

II.

Leemos en nuestro texto: "Os he escrito a vosotros, padres, porque conocéis a aquel que existe desde el principio." En primer lugar los padres son responsables por la educación cristiana de los jóvenes. Muchas veces tienen las mejores intenciones, pero a veces también se sienten desilusionados. Se dan cuenta de que la educación no es una cosa fácil, sino por el contrario una tarea muy difícil, y por eso muchos se han cansado. Tuvieron que darse cuenta de que la nueva generación muchas veces no estaba dispuesta a reconocer la autoridad de los padres, que se les contestaba: Esto valía en vuestro tiempo y puede ser que en vuestro tiempo estaba muy bien, pero nosotros somos otra generación, y cada tiempo tiene sus propias ideas y nuevos métodos y rechaza lo que considera como pasado de moda. Así los padres y las madres constatan muy a pesar suyo que su autoridad está menguando y entonces se sienten inclinados a resignarse diciendo que ya no vale la pena pues la juventud no quiere admitir una crítica. Si todavía debe ser aplicada la educación, dicen, entonces que lo haga el estado que tiene el poder y que quiere adjudicarse el monopolio de la educación y que entonces debe buscar la solución.

En una situación aparentemente desalentadora el Apóstol San Juan nos da una gran ayuda afirmando: "Os he escrito a vosotros, padres porque conocéis a aquel que existe desde el principio." Si padre y madre son cristianos, que conocen a aquel que existe desde el principio, al Señor Jesucristo, forman un hogar cristiano, una familia cristiana y tal familia cristiana es al mismo tiempo una escuela cristiana donde no solamente viven y trabajan en conjunto, sino donde también crecen en el conocimiento de Cristo, sirviendo juntamente a Su Dios y caminando juntamente por el camino estrecho al cielo. Así el hogar cristiano es la mejor escuela para la vida.

Si el hogar cristiano es realmente tal escuela, entonces se observan devociones, se pronuncian oraciones en la mesa, se explica a los niños la Biblia ilustrada, se practica la costumbre de que en los domingos después del culto se los pregunta por lo que recuerdan del sermón. Pues de otra manera los niños fácilmente se acostumbran a no prestar atención al sermón. Para que el hogar cristiano sea una escuela efectiva es también imprescindible que los padres den el mejor ejemplo a sus hijos leyendo ellos mismos la Biblia, orando ellos mismos y frecuentando regularmente los cultos. Decidme: ¿no queréis esforzaros por hacer todo lo posible para que vuestro hogar sea una escuela tan efectiva?

Si es así que San Juan puede decir también de vosotros: "Os he escrito a vosotros, padres, porque conocéis a aquel que existe desde el principio", debéis admitir que conocéis al Señor Jesucristo por vuestra Iglesia donde habéis sido bautizados y donde habéis conocido al Señor Jesucristo de una manera siempre mejor. Esta Iglesia cristiana, la comunión de los santos, es por su parte una escuela maravillosa que Dios ofrece a los padres como un recurso excelente para la educación. Niños, la juventud y los adultos se benefician con la bendición más grande acudiendo con regularidad a los cultos en que oyen unos con los otros la Palabra de Dios y donde gozan del privilegio de poder orar y alabar a Dios en la comunidad de sus hermanos en la fe, de modo que exclaman con el Salmista: "Yo me alegré cuando me decían: Vamos a la Casa de Jehová."

El Señor nos ofrece su congregación con todas sus instituciones, con escuelas dominicales y parroquiales, con socieda-

des de jóvenes y de damas, con coros y clases bíblicas, como ayuda para la educación cristiana; y lo que se espera de nosotros es que lo aceptemos y lo pongamos en acción para que nuestras congregaciones sean piedras vivas de la Iglesia.

Necesitamos hombres y mujeres, padres y madres de quienes puede afirmarse con fundamento esta cosa grande que Juan pudo decir de sus feligreses: que ellos conocen a Cristo. Casi nos asustamos por esta palabra. Seguramente muchos no tienen el coraje de sostener realmente de sí mismos: yo conozco a Cristo. Para muchos Cristo se hizo un ser extraño. Muchos viven de recuerdos débiles y descoloridos de lo que han oído en su niñez. El que raras veces viene al culto difícilmente puede decir de sí mismo que él conoce a Cristo. Nadie conoce a Cristo si no se encuentra nuevamente con El en cada edad y en cada etapa de su vida. Nadie conoce a Cristo si no se encuentra con El diariamente. ¿Y dónde puede uno encontrarse con Cristo sino en su Palabra? Conocer a Cristo es una tarea para toda la vida, una tarea que hace desesperar al hombre en su propio poder y razón, morir con Cristo y resucitar con El. Aquel que conoce bien a Cristo recibirá también una autoridad sagrada que permanece, la autoridad de aquel que existe desde el principio que es ayer y hoy y por los siglos, y por ende nos ofrece una juventud fuerte. Hablemos de esto en tercero y último lugar.

III.

Con viva alegría el viejo apóstol Juan piensa en los jóvenes cristianos de sus días, ya que les puede extender un testimonio tan hermoso como nunca mejor fué escrito para hombres jóvenes: "Os he escrito, jóvenes, a vosotros, porque sois fuertes, y la Palabra de Dios mora en vosotros y habéis vencido al maligno." Si los viejos se cansan, los jóvenes están en peligro de ponerse insolentes y pasar por alto los límites puestos por Dios. Pero con este respecto San Juan no se preocupa por sus amigos jóvenes. El sabe muy bien que los jóvenes muchas veces quieren avanzar tempestuosamente y que molestan a veces a los adultos. Pero esto son cosas secundarias para Juan, pues les mira el corazón y allá reconoce su voluntad de

luchar valientemente por Cristo y su reino. Tales cristianos luchadores que se enfrentan valientemente con el enemigo para vencer al maligno le gustan mucho. Posiblemente se acuerda de su propia juventud cuando el Señor dió a él y su hermano el sobrenombre de Hijos de Trueno. Como él mismo era valiente y un hombre de empuje, así deseaba que fuese la juventud de su época. Ciertamente no debe ser una juventud que se vanagloria simplemente de su fuerza. Por el contrario, San Juan les señala la verdadera fuente de su vigor diciendo: Por eso sus jóvenes son fuertes porque la Palabra de Dios mora en ellos; y porque la Palabra de Dios mora en ellos, han vencido al maligno.

Con esto se demuestra el fruto de la educación cristiana: se forma una juventud que realmente es fuerte, y su fuerza se demuestra en la victoria sobre el maligno, sobre Satanás. Ser fuerte es el ideal de una juventud deportista; y aquel que tiene los músculos más desarrollados en brazos y piernas es considerado por muchos como heroe. Y sin embargo, un deportista de primera categoría puede fallar completamente perdiendo miserablemente en la lucha más difícil que nadie puede esquivar, en la lucha contra Satanás y los propios deseos malos, de modo que permanece un esclavo del pecado. Para vencer al maligno se necesita más que un cuerpo ejercitado en los deportes, se necesita más que sólo fuerza y habilidad en brazos y piernas, se necesita la fuerza del alma que sólo se consigue si la Palabra de Dios mora en el hombre, que se consigue por la educación cristiana. Si la Palabra de Dios no es solamente aceptada sino si el hombre es ejercitado en esta Palabra, y si la Palabra llega a ser para él un arma que nadie le puede quitar, entonces se consigue esta fuerza enorme que vence al maligno. Y esta fuerza nos promete Juan determinadamente. Él no dice a los hombres jóvenes de su congregación: posiblemente hay perspectivas para vosotros de alcanzar la victoria, sino que puede recordarles victorias que ya han alcanzado. Realmente han vencido al maligno y se han hecho dueños del pecado.

Tales victorias han sido ganadas también por nuestra juventud. Pero no lo sabemos siempre porque se trata de victorias que se obtienen en secreto. Si les daremos la oportunidad de que la Palabra de Dios pueda morar en ellos, entonces las

victorias no faltarán, y entonces ya no nos debemos preocupar cuando llegue el momento en que los jóvenes deban abandonar la casa paterna que los ha protegido hasta ese momento y enfrentarse con el mundo peligroso. Si no hemos descuidado nuestro deber habiéndolos educado cristianamente, y habiéndoles inculcado la Palabra de Dios de modo que ella more con ellos también en otro lugar, y que ellos moren con la Palabra de Dios, entonces el éxito no faltará; pues las promesas divinas siempre se cumplen. Entonces tendremos una juventud fuerte que vence al maligno. Para tener una juventud fuerte nuestro lema debe ser: entrar en la Palabra divina que hace fuerte. Así la juventud vence al maligno y nuestra educación se verá coronada por el éxito más bello. Nuestra juventud luchará y triunfará con Cristo y por Cristo. Dios nos ayude para que podamos ser testigos de tales triunfos, y para que la palabra que nos brinda tal fuerza y tales victorias more y quede con nosotros. Amén.

F. L.
